

**Reflexión Semanal**  
**Domingo de Ramos**  
**Is 50, 4-7; Sal 21; Flp 2, 6-11; Mt 26, 14-27, 66**

El Domingo de Ramos, nos encontramos en el umbral del Misterio Pascual de Cristo, por ello la liturgia de esta fiesta basada en el evangelio de San Mateo nos hace presente la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, acontecimiento que lleva a desencadenar de un modo rápido el final de la vida terrena de Jesús, final que llevará a dar cumplimiento a las antiguas profecías que hablaban del Siervo de Yahvé que vino para reconciliar a los hombres con Dios.

Con este domingo se inicia lo que en la Iglesia católica occidental (latina) llamamos la Semana Santa. La celebración de este domingo tiene, a diferencia de los demás domingos, una liturgia previa que se denomina en el ritual romano "La bendición de las palmas". Esta procesión de las palmas es una de las pocas procesiones en que la Iglesia norma la participación de los fieles. La bendición de las palmas tiene como fin hacer una confesión pública de la fe que se realizaba incluso en los primeros siglos. La palma encontrada en muchas tumbas de cristianos de los primeros siglos expresaba que una persona había confesado la fe hasta el martirio. Esto indica que todo bautizado, si vive la fe, estará dispuesto, así como Cristo, a derramar la sangre por confesar la fe en el único Dios.

El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «... *En la antigua liturgia del Domingo de Ramos el sacerdote, al llegar ante la iglesia, tocaba fuertemente con la cruz de la procesión contra el portón, que todavía estaba cerrado y que en ese momento se abría. Era una bella imagen del misterio del mismo Jesucristo que, con la madera de su cruz, con la fuerza de su amor, tocó desde el lado del mundo a la puerta de Dios; del lado de un mundo que no lograba acceder a Dios. Con la cruz, Jesús ha abierto de par en par la puerta de Dios, la puerta entre Dios y los hombres. Ahora está abierta. Pero el Señor también toca desde el otro lado con su cruz: toca a las puertas del mundo, a las puertas de nuestros corazones, que con tanta frecuencia y en tan elevado número están cerradas para Dios...*» (Benedicto XVI, Homilía en el Domingo de Ramos 2007).

Cristo es recibido entre aclamaciones en la ciudad de Jerusalén. La tradición cristiana interpreta este ingreso de Jesús como una proclamación pública de que Él es el Señor, y por lo mismo asume la voluntad del Padre porque en Él se cumplen todas las promesas hechas por los profetas. Es así que las lecturas de esta liturgia nos expresan de una manera particular este asumir la voluntad del Padre por parte de Jesús.

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte, y a una muerte de cruz, por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el nombre que está sobre todo nombre. Con esta aclamación se da el verdadero sentido de la procesión que la Iglesia recomienda como parte de esta liturgia, porque no sólo se hace presente al Mesías que entra triunfante a la ciudad santa, sino que manifestamos como miembros de la Iglesia, que estamos llamados a llevar en nuestro cuerpo el morir de Cristo.

La lectura de la Pasión nos sitúa ante Cristo, vivo en la Iglesia, porque el misterio pascual, que reviviremos durante los días de la Semana Santa, es siempre actual.

Nosotros somos hoy los contemporáneos del Señor y, como la gente de Jerusalén, como los discípulos y las mujeres, estamos llamados a decidir si estamos con él o escapamos o si somos simples espectadores de su muerte.

De esta manera estamos llamados a participar de forma activa, y no como en un evento intrascendente, del misterio de la Pasión. El Papa Benedicto XVI dice: «...Ser cristiano significa considerar el camino de Jesucristo como el camino correcto para el ser humano, como aquel camino que conduce a la meta, a una humanidad plenamente realizada y auténtica. Ser cristiano es un camino, o mejor: una peregrinación, un ir junto a Jesucristo, un ir en esa dirección que Él nos ha indicado y nos indica (...) ¿De qué dirección se trata? ¿Cómo se la encuentra?, se trata de un ascenso a la verdadera altura del ser humano. Jesús, camina delante de nosotros y va hacia lo alto, conduciéndonos a las alturas de Dios, a la comunión con Dios, al ser-con-Dios. Ésta es la verdadera meta; y la comunión con Él, el camino...» (Benedicto XVI, Homilía en el Domingo de Ramos, 28 de marzo 2010).

Toda esta verdad, que es el fundamento de la vida cristiana, tiene que darse o encarnarse en cada persona. En medio del sufrimiento, la victoria de Cristo sobre la muerte es la respuesta para que podamos pasar de la angustia a la esperanza, de la esclavitud de la muerte a la cual nos lleva el pecado, a la vida plena en el amor misericordioso del Padre, que nos perdona y acoge. Por eso, este Domingo de Ramos Dios provee en su Hijo Jesucristo una Nueva Alianza para que en cada uno de los creyentes, cualquiera sea la situación de nuestra vida, que muchas veces puede estar llena de una pasión dolorosa, podamos ser introducidos a una Vida Nueva. Una vida donde nuestro sufrimiento sea un medio para el encuentro con un Dios justo, con un Dios misericordioso: con el Dios de la Vida. La cruz, como nos lo dice el Papa Benedicto XVI, «...*es parte integrante del ascenso. Como en los asuntos de este mundo no se pueden lograr grandes resultados sin renuncia y duro ejercicio, así el camino hacia la vida misma, hacia la realización de la propia humanidad, está ligado a la comunión con Aquel que ha subido a la altura de Dios a través de la cruz...*» (Benedicto XVI, Homilía en el Domingo de Ramos, 28 de marzo 2010).

Unamos a las voces de aquellos que clamaban: Hosanna, bendito el que viene en el Nombre del Señor, Cristo es el camino, la verdad y la vida.

**Pbro. Oscar Balcázar Balcázar**